COLEGIO JESUITAS INDAUTXU: TODO ES POSIBLE EN BILBAO

Manuel Blasco Blanco

El Colegio de Nuestra Señora de Begoña, perteneciente a la orden de San Ignacio, ocupa un lugar preferente en una ciudad renovada con el nuevo milenio. Un tiempo de renovación, que no de cambio, al que el colegio pretende adecuarse sin salir del corazón de Bilbao.
El proyecto responde a la doble necesidad de actuar en unas construcciones desarrolladas en diferentes épocas, sin unidad en la manzana que ocupan, así como ensalzando el valor de la actividad deportiva del colegio. Se plantea un edificio con un fuerte carácter: un puente aulario a ocho metros del suelo, que ordena el conjunto manteniendo la dimensión del patio, y otro edificio que consolida la esquina de la manzana y triplica la superficie disponible al superponer en altura un aparcamiento y dos pistas deportivas cubiertas.

Bilbao es una ciudad densa, en la que la historia de su ensanche durante el siglo XX se refleja en Indautxu.

A finales del siglo XX corren buenos tiempos para la ciudad: el Guggenheim ha dinamizado el espacio más degradado de la ciudad, se produce el encuentro del ensanche con la Ría, el museo de Bellas Artes emprende una nueva etapa con el proyecto ganador de ampliación de Luis Uriarte.

La dirección del Colegio de Nuestra Señora de Begoña decide, frente a algunos cantos de sirenas especulativos, que su presencia en una de las manzanas más representativas de la ciudad es incuestionable. Por lo que el Colegio de Nuestra Señora de Begoña, presente en la sociedad bilbaína desde hace mucho tiempo por su labor educadora, debe seguir en la manzana que le identifica con la ciudad, insertada en el eje peatonal de Dr. Areilza, y con la cercana conexión al metro que permite la rápida comunicación desde el Colegio a los barrios más periféricos.

Sin embargo, el Colegio, nacido como yuxtaposición de construcciones distintas para usos diferentes, necesitaba de una solución aglutinante de todas las áreas, conectando los distintos ciclos de enseñanza. Además, era significativa la necesidad de renovar el polideportivo.

Durante la elaboración del proyecto, el patio adquiere un valor fundamental, rememorando el valor que se le da a la 'terra ferma' y al suelo en Venecia. Esto es, entender que la superposición de usos permite una ciudad dinámica; o dicho de otra manera, la intervención no debería interferir en el uso deportivo del vacío del patio central, pues la actividad deportiva contribuye al carácter del Colegio.

En las visitas previas que se realizan a las instalaciones deportivas, asombraba ver cómo los equipos entrenaban hasta las once de la noche: en el polideportivo esperaban los deportistas para entrenar en canchas que deberían ser distintas.

Vista exterior del edificio desde el acceso suroeste

De este análisis nació la idea de que bajo ninguna circunstancia se rompería el espacio de juego del patio. A partir de la condición de superposición, surge que la superficie de intervención debería 'utilizarse' varias veces; de este modo, lo que antes era sólo el patio, también tendría aulas; y donde estaba el polideportivo, se ubicaría un aparcamiento sobre el que se construyen dos pistas deportivas en altura con los correspondientes vestuarios y aulas de deporte.

En el año 2000, en la reunión que se mantiene con el Rector, el equipo directivo y la asociación de padres, se solicita la respuesta a tres preguntas: ¿el proyecto es posible técnicamente?; ¿será caro económicamente?; ¿será bello formalmente? Se respondió afirmativamente a las tres preguntas, y desde ese momento nadie dudó de los arquitectos ni de la idea; todos la apoyaron para hacer real un proyecto ambicioso que no era otra cosa que mirar, con riesgo y aventura, hacia delante. Una actitud que permite afirmar que todo es posible en Bilbao.